



Dos amores perdidos



Juan Villoro

Dos amores perdidos



menos**cuarto**

© Juan Villoro

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2019

ISBN: 978-84-15740-59-9

Dep. Legal: P-247/2019

Diseño de colección: Echeve

Fotografía de cubierta: Matteo Catanese | Unsplash

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dos formas de la lluvia

He reunido en este libro dos historias sobre la forma en que el afecto y la memoria recuperan amores que ya no pueden suceder en el mundo de los hechos y encuentran una supervivencia en las palabras.

Escribí *Llamadas de Ámsterdam* durante una pausa en los cuatro años que dediqué a mi novela *El testigo*. Acaso por estar inmerso en una trama múltiple, que trataba de demasiadas cosas, quise volver al más restringido entorno del relato largo o la novela breve. Buscaba un remanso y, como suele suceder, encontré las aguas convulsas de un río que amenazaba desbordar su curso.

Los textos «intermedios», a los que pertenece *Llamadas de Ámsterdam*, dependen de una peculiar tensión: deben ser leídos de «una sentada» pero también debe ofrecer suficientes detalles y misterios para intrigar la mente después de la lectura. Una escena legendaria ilustra el modo en que opera esta clase de relatos. Las an-

tiguas caravanas solían compartir el fuego al término de la jornada. Personas que se desplazaban a distintos rumbos cedían entonces a la tentación de contar lo que habían visto. No todo lo que decían era cierto, pero eso aliviaba el tedio y las fatigas del viaje. Las buenas historias concluían antes de que se apagara la fogata; luego, cuando solo unos tizones brillaban en la oscuridad, los enigmas que se habían narrado alumbraban el sueño de quienes los habían oído.

Una hoguera debe durar un tiempo definido, mucho más que una chispa, mucho menos que un incendio. La novela breve es otra forma de domar el fuego; aviva una trama sin ceder a los excesos que calcinan.

Siempre me ha intrigado la calle Ámsterdam de la Ciudad de México, trazada sobre la vieja pista del hipódromo. En una metrópoli que compite con el infinito y explora todas las variantes de la circulación, no podía faltar el óvalo. Además, esa ruta desconcertante lleva el nombre de otra ciudad.

En la calle Ámsterdam los caballos decidieron el destino. Me pareció apropiado ubicar ahí otro juego de la fortuna: una historia de amor.

La poesía y el bolero han abordado de numerosas maneras la pasión no correspondida o irrecuperable. Me pareció interesante imaginar una posible posteridad para el amor perdido. Dos personas que no pue-

den seguir juntas encuentran un extraño «más allá», la región virtual donde comparten lo que fueron y donde inventan un presente alterno.

Conferencia sobre la lluvia puede ser leído como un relato en primera persona aunque fue originalmente concebido como un monólogo teatral para inaugurar el auditorio de la Biblioteca México. De ahí que el protagonista sea un bibliotecario, un intercesor entre los lectores y los libros, que en ocasiones imparte conferencias. En este caso, se propone disertar sobre la muy frecuente relación entre la poesía amorosa y la lluvia; sin embargo, como en el célebre texto de Chéjov, *Sobre el daño que hace el tabaco*, pierde el hilo del discurso y habla de sus propias lluvias y sus propios amores. A diferencia del personaje chejoviano, brinda la conferencia prometida, pero la sumerge en avatares personales.

Todo monólogo plantea una pregunta cardinal: ¿por qué alguien habla solo? Un oído oculto guía la confesión. *Conferencia sobre la lluvia* avanza hacia el momento decisivo en que se sabe quién es el destinatario de ese accidentado discurso.

El protagonista de *Llamadas de Ámsterdam* vive una de esas historias que se entienden mejor cuando se dicen en voz baja; el de *Conferencia sobre la lluvia* reclama la complicidad de un escucha para hablar en voz alta.

Ambos hablan de algo que no está ahí pero aún puede ser convocado.

Dos versiones del amor perdido, o de la lluvia.

JUAN VILLORO

Ciudad de México,
a 9 de agosto de 2019.

Llamadas de Ámsterdam

JUAN JESÚS colocó la tarjeta en el teléfono y marcó el número de Nuria. Escuchó su voz en la contestadora, el tono fresco y optimista con que la conoció, aunque en el fondo solo conocemos optimistas. ¿Quién anuncia sus miserias desde el primer encuentro? No dejó mensaje.

Recordó los días en que ella perdonaba sus retrasos épicos, sus olvidos (las llaves dentro del auto, el paraguas en la fiesta de ayer), su cartera sin billetes ni tarjetas de crédito en el restorán agradable pero algo pretencioso, escogido por él para halagarla. Nuria mitigó el nerviosismo con su disposición a ignorar los desastres menores creados por Juan Jesús, a sentirse bien en la primera o la última fila del cine. Tal vez se dejó llevar por las esperanzas del principio y las imprecisas virtudes atribuibles a un desconocido, o tal vez advirtió sus altibajos desde entonces y decidió ignorarlos.

A la distancia, le gustaba suponer que él hizo todo para fracasar rápido, como si anticipara futuros daños con un sagaz instinto. Nuria lo quería con misteriosa

aquiescencia, como si lo amara a pesar de algo; aceptó su silueta descompuesta y empapada en su departamento de La Condesa como la magnánima capitulación del bienestar ante el desorden. A él le pareció un milagro estar ahí, escogido por el azar, del mismo modo en que diez años después odiaría ser *aceptado* por ella. Diez años, demasiados para una pareja sin hijos ni un proyecto de colonización en tierras vírgenes.

Cuando se separaron, Nuria desapareció de su órbita. Se fue a Nueva York como abducida por extraterrestres. En siete años no supo nada de ella. A veces, la soñaba en naves espaciales que parecían casas de la colonia Roma, con fachada de los años treinta, protegida por una reja de lanzas, y donde alguien abusaba de ella en una habitación mal iluminada; una criatura con muchos dedos anillados untaba unguento color arcilla en los senos de su exmujer. Cuando vivían juntos, estas fantasías le ayudaban a hacer el amor en cualquier sitio que no fuera la cama; ahora resultaban absurdas al modo de una envejecida película de ciencia ficción: cuán ingenua era la mente que imaginó esos aparatos para el porvenir.

Nuria desapareció, engullida por una zona ingravida, y él se vio obligado a reconocer que los amigos comunes podían dedicarse a otra cosa que mantener un vínculo conjetural y venenoso entre los amantes separados. No lo abrumaron con la posteridad de Nuria en

Nueva York. La discreción era tan marcada que le bastaba beber una ginebra o inhalar una raya de coca para sospechar que deseaban evitarle la humillación de conocer los triunfos de su exmujer. Hay vidas que se estructuran como la trayectoria de un actor de género, un solo papel perfeccionado hasta el infinito. Nuria Benavides solo era concebible al margen del dolor y el fracaso o, eventualmente, aceptando a los demás como su dolor y su fracaso.

Cuando vivían juntos y ella se hizo cargo de un conglomerado de revistas femeninas, le ofreció a Juan Jesús retirarlo de su trabajo en la imprenta. Los dos sabían que para él el diseño gráfico significaba un medio para un fin; su meta estaba en los óleos acuchillados que guardaba en el cuarto de la azotea, la serie de vandalismo expresionista que reflejaba tan bien el miedo de vivir en la ciudad, o lo reflejaría cuando acabara aquellos cuadros cautivos en la azotea. Él se negó. El departamento era de Nuria, su suegro les había regalado un equipo de sonido con más funciones de las que podían descifrar, casi todos los muebles provenían de la época antediluviana en que ella administró una tienda polinesia. «Me pagas cuando expongas en el Guggenheim», le dijo ella con una confianza horrorosa. No hubo ironía ni solemnidad en la frase. Nuria creía que eso era posible. Juan Jesús no podía aceptar un trato que incluyera expectativas que tal vez iba a traicionar. Se veía como un piloto en la niebla, carismático y

mojado, con una chamarra tipo Indiana Jones, dispuesto a arriesgarse pero no a garantizar su horizonte. Salvo uno, sus contactos con la crítica habían sido deprimentes. Solía exponer en esas galerías que saben aliarse al secreto y se ubican en una calle doblada hacia un panteón o en el último patio de un centro cultural. No esperaba mucho de la crítica. Una noche vio una entrevista en televisión con un célebre *pitcher* de béisbol, un hombre ansioso de tener oponentes, que se «mentalizaba» al subir al montículo para lanzar bolas inesperadas, y se sintió capaz de enfrentar rivales armados con un *bat*. El secreto estaba en restarles importancia, en tratarlos como impostores. La respuesta ante la originalidad siempre carece de sentido. No podía entregar su destino a los anhelos y las frustraciones de los otros. Sabía de sobra que nada se reparte tan bien como la envidia y que hay quienes viven para criticar los errores que no se atreven a cometer. Aun así, le dolió el aire de suficiencia de un crítico que lo descartó sin rebajarse a argumentar. Otro cuestionó su no muy clara relación con la raíz del hombre. El más imaginativo lo llamó «Chucho el Rothko» por confundir la influencia con el hurto. El futuro de Juan Jesús lucía brumoso. No había nada seguro en un mundo que dependía de veleidades ajenas y donde acaso no hubiera coleccionistas de óleos concluidos con navajas.

En alguna de las terapias a las que se sometió después de la ruptura, llegó a pensar que Nuria lo había

invitado al abismo. Su generosa propuesta de mantener al genio podía ser un magnífico pretexto para incriminarlo después. Lo cierto es que pensaba demasiado en su exmujer, inventaba a diario motivos para las decisiones que ella tomó por él, buscaba claves en su rostro, anuncios de lo que ya había hecho pero adquiriría otro peso ahora que entraba en su memoria: Nuria abría una puerta y permitía que él la viera como no lo hizo años atrás, anunciaba algo que Juan Jesús no supo descifrar entonces.

En siete años, él no había vivido con nadie más. Sus relaciones iban de la fase «no te abres» al momento en que contaba algo de Nuria; el rostro de su interlocutora se iluminaba con repentino interés; luego venían preguntas detallistas, ansiosas, que rara vez conseguía esquivar y lo ponían en pésima situación, por más que deseara parecer banal, indiferente, apagado. El fantasma de Nuria se sobreponía a la figura que tenía enfrente, insulsa, misteriosamente irreal. El problema solo podía agravarse con el tiempo; Juan Jesús evocaba a una mujer que solo en parte existió con él, la perfeccionaba en su imaginación para hacerse el mayor daño posible.

Con todo, hubo un tiempo, diez años ya espectrales, en que vivieron juntos. Su momento decisivo, la «condensación» de la que le hablaron al menos dos terapeutas, tenía un solo nombre: «Ámsterdam». Juan Jesús obtuvo una beca para mirar la luz que entraba por las ventanas

de Vermeer. Se vio en bicicleta, con una bolsa de red en el manubrio para llevar pan o quesos o pinturas. Nada le hubiera molestado más en México que andar en bicicleta y llevar el pan colgado del manubrio, pero Ámsterdam estaba para eso, para vivir de otro modo y hacer estimulantes las molestias. Nuria aceptó el plan con sencilla felicidad. Renunció a su trabajo sin alardes ni reproches ni gestos concesivos, compró guías de los Países Bajos, descubrió a un novelista policiaco que narraba estupendos asesinatos en los muelles de Róterdam, consiguió una agenda para su vida futura con un Mondrian en la portada.

Empacaron sus adornos, muebles y libros favoritos y los mandaron por barco a esa tierra donde le ganarían terreno al mar.

Después de varias reuniones de despedida en las que alguien aconsejaba ir a San Petersburgo y en el entusiasmo de la noche sonaba no solo lógico sino necesario ir a Holanda para conocer las noches blancas de Dostoyevski, Nuria fue a ver a su padre y regresó descompuesta.

—¿No me vas a preguntar nada? —habló como si llevaran una eternidad en silencio y él ya hubiera acabado de descorchar la botella que tenía en las manos.

—¿Qué te pasa? —preguntó, en forma maquinal.

El padre de Nuria tenía leucemia. Se la acababan de descubrir. Él había querido ocultar su enfermedad, pero la madre decidió enterar a las hijas.